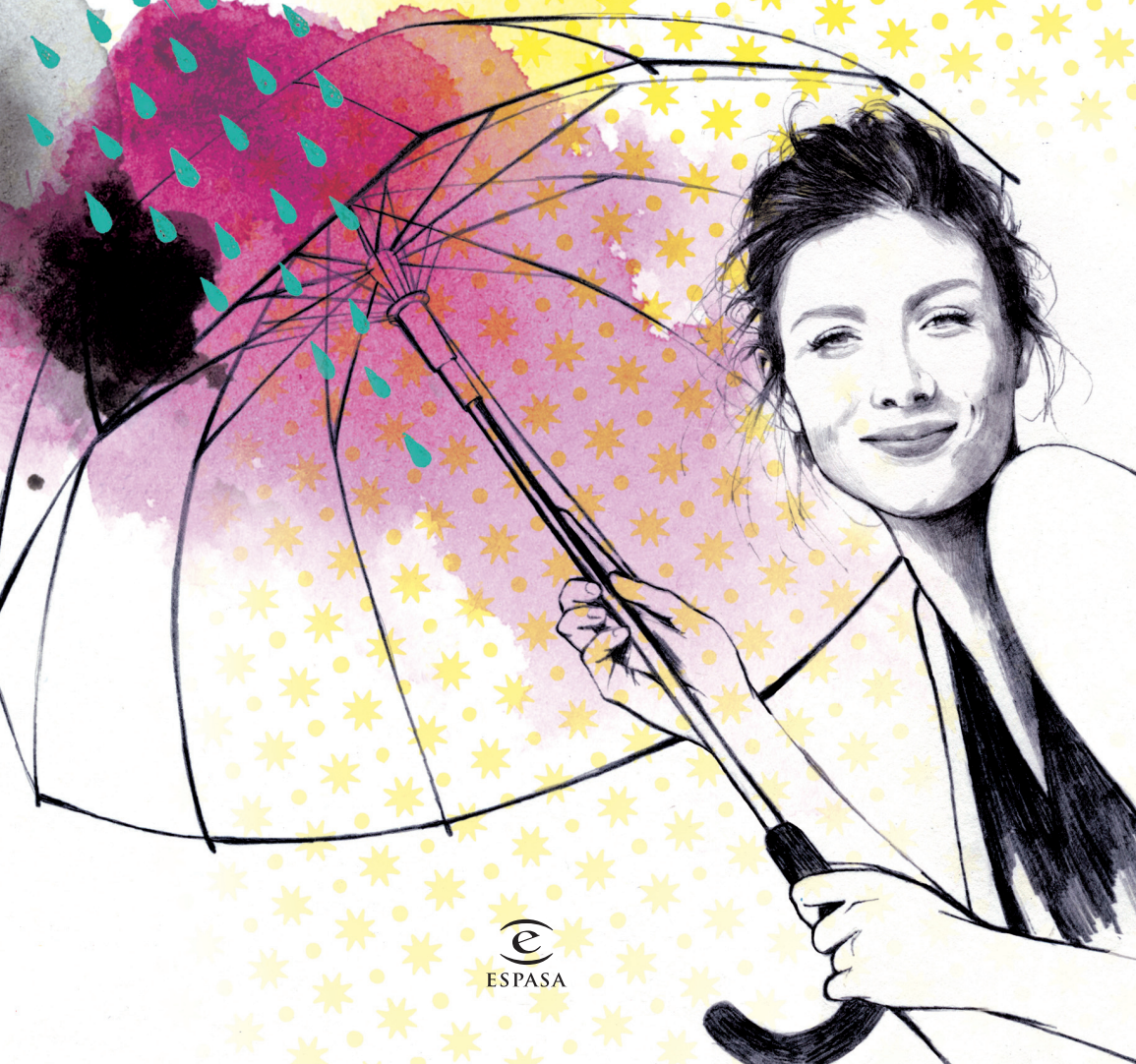


# NUNCA ES DEMASIADO TARDE, PRINCESA IRENE VILLA



NUNCA ES DEMASIADO  
TARDE, PRINCESA  
IRENE VILLA

## ELSA

Edu y Roberto se subieron al Seat León de Roberto y esperaron a que las chicas se colocaran tras ellos para seguirles. Habían salido a cenar y se dirigían al Sunset, donde Edu trabajaba de relaciones públicas.

Elsa le quitó de las manos a Martina las llaves del Polo y se sentó en el asiento del conductor sin preguntar. Martina de copiloto. Sofía, feliz y despistada, se sentó tras Elsa y, sin reparar siquiera en que la ley obliga a usar el cinturón de seguridad también en los asientos traseros, se puso a cantar la canción que empezó a sonar en cuanto el coche se puso en marcha, *Tonight is gonna be a good night*, su favorita.

—Claro que va a ser una buena noche, buen día y buen todo. ¡Inolvidable! —dijo Elsa. Hacía un par de meses que había roto por fin con Adolfo y había vivido aquella ruptura casi como una liberación. Estaba deseando comerse el mundo.

Roberto conducía con mucho cuidado para evitar que su hermana Elsa le perdiera de vista. Por el carril derecho, había un Toyota que circulaba aún más des-

pacio y cuyo conductor parecía no ser muy dueño del volante.

—Estos son los que provocan accidentes, porque vas a una velocidad normal y de pronto tienes que frenar para no comértelo. ¡Si hasta parece que va borracho!

—¡Adelántalo!, ¡vas pisando huevos, Rober! —dijo Edu—. ¡No nos van a perder! Tu hermana conduce dabuti.

Roberto miró por el retrovisor, veía perfectamente las cabezas danzantes de las tres eufóricas amigas. Elsa puso el intermitente y se colocó justo detrás de su hermano. Roberto adelantó sin problemas al Toyota, sin quitar la mirada del espejo, con un incómodo sentimiento que le hacía permanecer alerta.

De pronto comprobó que, justo cuando su hermana se disponía a adelantar para no perderle, el conductor del Toyota charlaba excitado con su copiloto completamente ajeno a su existencia. Roberto trató de avisarla, pero Elsa no pareció entender a cuento de qué activaba las luces de emergencia. Ya había señalado su cambio de carril y estaba a punto de sobrepasar al Toyota cuando su conductor, enfrascado en lo que parecía el comienzo de una discusión con su acompañante, se encontró tras un coche que circulaba a menor velocidad y decidió adelantar también. Echó una rápida mirada a su retrovisor, pero la mala suerte quiso que el coche de Elsa quedase en el ángulo muerto y que se echara literalmente encima de ella.

Por suerte Elsa reaccionó a tiempo. Pisó el acelerador a fondo impidiendo así la colisión, pero de pron-

to dio un volantazo inesperado que, a 113 kilómetros por hora, le hizo perder automáticamente el control. Un gran trompo condujo el coche de las tres amigas al arcén, pero lo hizo después de dar varias vueltas de campana.

Roberto vio pasar ante sus ojos fugaces escenas de su hermana y sus amigas. Como a cámara lenta, consiguió reducir la velocidad y bajar del coche. El Toyota había desaparecido. Viendo lo que había provocado, se dio a la fuga. Cuando llegó al Polo gritó los nombres de las chicas.

—Tranquilo hermano, estamos bien —dijo Elsa, aturdida pero consciente.

—¡Gracias a Dios! Me he dado un susto de muerte.

—¡Qué mareo!, ¡sacadnos de aquí por favor! —susurró Martina. Roberto comenzó a tirar de ella que ya se había quitado el cinturón y parecía ser capaz de salir por su propio pie.

—Es un milagro que estemos todas... ¡Sofía! ¡No se mueve!

Era la única que no se había puesto el cinturón de seguridad y las vueltas de campana habrían provocado fuertes golpes en todo su cuerpo. Roberto corrió de inmediato a tomarle el pulso, pues Edu se había quedado petrificado, y comprobó que, aunque débilmente, su corazón seguía latiendo.

—¡Llama al 112! —gritó a su amigo.

Aquellos quince minutos fueron eternos.

—Elsa, ¿seguro que estás bien? —preguntó con miedo su hermano.

—Me he quedado atascada, no puedo quitarme el cinturón —respondió ella.

—Yo lo haré —dijo Roberto y procedió a desatar a su hermana esperando que saliera del coche tan fácilmente como Martina. Pero en lugar de eso, Elsa soltó un desgarrador grito de dolor que atravesó el tímpano y el corazón de su hermano.

Esperaron a que fueran los servicios de emergencia quienes sacaran a Elsa y a Sofía del coche y volaron al hospital. En el trayecto, muerta de miedo y de vergüenza, Elsa comprobó que se había orinado encima. Y lo peor de todo es que no se había percatado del momento en el que había ocurrido aquello.

Roberto llamó a su madre, Pilar, intentando en vano tranquilizarla. Su padre, Javier, había tenido un fatídico accidente hacía siete años y, desde su muerte, su madre vivía entre la apatía y el temor. De camino al hospital, empezó a rezar. Era la primera vez que lo hacía desde que abandonó el colegio de curas. Casi ni recordaba el padrenuestro, después repetía en su cabeza: «Padre nuestro, que estás en los cielos...», «Ave María, llena eres de gracia...», y volvía a repetir, «Venga a nosotros tu reino...», «Hágase tu voluntad, pero por favor que no le pase nada malo a Elsa, que Sofía esté bien...».

Pilar, desencajada, ya estaba con ellos cuando el médico salió a dar las primeras noticias.

—Martina Álvarez solo tiene contusiones. Sofía Gómez está fuera de peligro, los repetidos golpes le hicieron perder la conciencia, pero en estos momentos está estable. —Roberto empezaba a controlar su agita-



da respiración. «Gracias, Dios», «Por favor que Elsa esté bien», seguía pensando—. Elsa Moreno —prosiguió el médico más serio— también está estable, pero un fuerte golpe recibido a la altura de las vértebras D5 y D6 ha provocado una lesión medular.

Pilar sintió que el corazón le daba un vuelco. El cerebro le iba a explotar y sus oídos dejaron de escuchar repentinamente. Se acercó al médico y sin saber cómo pudo articular palabra le espetó:

—¿Me está diciendo que mi hija no podrá mover sus piernas nunca más?

—Es pronto para hablar de eso.

—¡No puede ser! —Pilar hacía grandes esfuerzos para reprimir el llanto, pero las lágrimas le caían de los ojos irremediamente. Sabía muy bien qué era una lesión medular, pero nunca había pensado que aquel drama pudiera tocarles a ellos alguna vez. Y menos de una forma tan tonta: uno de los descontrolados bandazos de Sofía fue implacable con la espalda de Elsa.

Pilar conocía a dos personas en silla de ruedas. Uno era el director de su banco: se cayó del caballo en una competición hípica con la mala suerte de partirse el cuello a la altura de la vértebra C-7. Por fortuna, Ramón, que era como se llamaba el animoso director, era un hombre de recursos, con muchas ganas de seguir trabajando y un espíritu a prueba de toda adversidad. Lo llevaba tan bien y había conseguido manejarse con las manos con tal destreza, que nadie creía que sufriera una lesión a la altura de las cervicales. Todos pensaban que era dorsal.

La otra persona en silla que conocía Pilar era Carmen, una amiga de toda la vida que tenía esclerosis múltiple. Empezó sintiendo cosquilleos y espasmos en sus piernas. Después falta de agudeza visual. Aquella enfermedad neurodegenerativa fue atacando su sistema nervioso central hasta hacerla dependiente de mil medicamentos y una silla de ruedas. Pero también la recordaba con una sonrisa en su rostro. Algo que la tranquilizó bastante.

Lo de su hija era distinto. La lesión de Elsa era mucho más baja que la de Ramón y no tenía ninguna enfermedad. Pilar llegó a pensar incluso que, con todo, habían tenido suerte. Que lo que tenía que hacer era dar gracias porque la desgracia podía haber sido mayor. Podía haberse quedado sin hija como se quedó sin marido.

En aquel hospital sombrío por donde deambulaban familias desmoralizadas, nadie reparó en que era 28 de diciembre. Los Santos Inocentes. Era una broma macabra que les había gastado el destino.

Roberto y Pilar se pasaron allí días enteros. Vieron cómo daban el alta a Martina primero y a Sofía después. Pilar no acababa de creer lo que estaba pasando. Tenía fantasías en las que despertaba con su hija en casa, iba a su habitación y la contemplaba aún dormida. Elsa se despertaba, le daba un beso de buenos días y se sentaban a la mesa de la cocina para desayunar juntas.



Pero la realidad era muy distinta.

Todos los días, Pilar preguntaba a los médicos, ávida de un rayo de luz que alejara la imagen de su inquieta y vehemente hija de una silla de ruedas. Le parecía que «su niña» no iba a tener la paciencia ni el ánimo para asumir aquella situación que borraba de un plumazo todos sus planes e ilusiones.

—Llevan décadas investigando posibles soluciones y hemos podido ver grandes avances en el campo de la neurología. En los últimos años, la investigación con células madre ha avanzado mucho, así como los estudios sobre nuevas drogas, geles, estimuladores eléctricos y bioquímicos —le explicaba pacientemente el doctor Rubio.

—¿Y qué se podría conseguir con todos esos avances?

—Reparar o regenerar una médula lesionada, pero aún queda camino por recorrer. Son técnicas esperanzadoras, pero, hasta ahora, los avances en pacientes intervenidos no son los deseados.

—O sea, que no.

—La movilidad recuperada es muy pequeña o prácticamente nula. Además, existen muchos riesgos en este tipo de operaciones, ya que la médula es un órgano muy delicado y un error puede provocar daños mayores en el paciente o incluso la muerte. No le quiero dar falsas esperanzas. Los riesgos son grandes.

—Lo entiendo. —La pobre Pilar se quedó peor de lo que estaba.

Roberto se acercó a su madre. Le dio un abrazo que la dejó sin habla. Hasta ese momento, había estado tan

aturdida que no había reparado en lo necesario que es un abrazo cuando faltan las fuerzas. Fue una inyección de energía: Pilar encontró al fin refugio y esa chispa de esperanza que los médicos no habían sido capaces de darle.

Aquella Nochevieja fue radicalmente distinta a las demás. En lugar de confeti y serpentinas, la pesadumbre y la desesperanza se cernían sobre las vidas de los miembros de aquella desventurada familia.

Cuando Elsa se enteró de lo que le había ocurrido, una gran nube negra se posó sobre su cabeza con voluntad de quedarse ahí mucho tiempo.

Cada día que pasaba, se le hacía más insoportable aquella habitación apagada con su olor a betadine rancio que se le había quedado pegado en la nariz.

No podía creer que nunca más volvería a caminar. Pensó en su trabajo. Podría seguir haciéndolo. Ir en silla de ruedas no le impediría diseñar los catálogos de muebles de la empresa en la que llevaba apenas dos años contratada. Pero en lo último que quería pensar en ese momento era en volver a la oficina.

Lo que realmente la aterraba era verse sola, desvalida, impedida, como por momentos creía estar. Se preguntó si podría volver a tener relaciones sexuales y si le producirían placer o lástima de sí misma.

«¿Encontraré a alguien que quiera compartir la vida conmigo?, ¿podré tener hijos?» fueron las primeras preguntas que la asaltaron.

Volvió a poner las manos sobre las piernas. Deslizaba sus dedos por ellas con la esperanza de sentir una leve caricia. Nada. Era como tocar el cuerpo de otra persona. Acarició sus partes íntimas y el no sentir siquiera un leve cosquilleo la sumió en una angustia desconsolada.

No quería volver a sonreír, ni salir a la calle, ni ver a sus amigas. No quería seguir viva. Pese a que nunca se había considerado una persona débil, sintió que ya no había más sueños por los que luchar. Si todavía no había llegado su momento, ¿por qué su vida se estaba desmoronando?

Elsa sentía que quería dejar de formar parte de una existencia que no le había mostrado aún ese lado dulce que parecía existir solo en las películas de amores inolvidables y familias felices. Todo lo contrario. Su realidad nada tenía que ver con la de esos que sonríen, a quienes les pasan cosas bonitas, viven amores inolvidables y en cuyo entorno reina una felicidad infinita. No era su caso.

Su familia, que distaba mucho de ser como la de las películas, parecía haberse hundido desde que faltaba su padre. Su hermano era el único que, refugiándose en los amigos y en el trabajo, parecía haber levantado cabeza.

Tampoco había vivido el verdadero amor, ni recordaba haber experimentado uno solo de esos momentos por los que merece la pena levantarse cada mañana. Su última relación había resultado ser un verdadero fracaso. A pesar de sus esfuerzos, no conseguía recordar ni un momento bueno con Adolfo. Estaba, literalmente, hundida en la miseria.

Eran tales el abatimiento y los espantosos desajustes físicos a los que tenía que hacer frente y que no quería ver, que Elsa empezaba a sumirse en una depresión. La pérdida del control de los esfínteres le hacía sentirse totalmente indefensa, abandonada a una deriva angustiada y asfixiante.

Su moral no podía estar más baja. Quería dejar de pensar para no seguir deseándose a sí misma la muerte una y otra vez. Si le hubieran dejado decidir, no habría dudado en optar por la eutanasia porque jamás habría tenido el valor de suicidarse.

Tras unos días de confusión, cansancio y miedos, llegaron las primeras reacciones.

—¡Esto es la gota que colma el vaso!

—No digas eso.

—La muerte de papá, lo de Adolfo.

—No todo el mundo tiene la misma fuerza. A veces se necesita mucho tiempo.

—Y ahora esto, ¿por qué el destino se está cebando conmigo? —De nuevo, un coche y la carretera estaban en el centro de su desdicha.

Solo siete años atrás, su padre perdía la vida conduciendo. Iba solo, volvía a casa tras una larga jornada laboral y discutía con Pilar por el teléfono móvil.

—Pilar, cariño, ya te he dicho que he salido lo antes que he podido.

—Es que siempre eres el último en salir de la empresa. Ni que fuera tuya.

—Bueno, que ya estoy llegando.

—En una familia hay más obligaciones que la de traer el dinero a casa —le cortó Pilar.

—Sabes que tenemos un negocio muy importante entre manos y hay que dejarlo todo muy bien atado.

—Siempre la misma canción.

—Te dejo que estoy conduciendo y me parece ver un coche de la Guardia Civil a lo lejos.

—Javier, es que no haces otra cosa que trabajar. Roberto está faltando a clase, Elsa se pasa las tardes mirando las musarañas.

—Está bien, cariño, lo hablamos cuando llegue.

—Además, yo me siento muy sola, a veces pienso que es como si no tuviera marido.

—Cariño, te dejo que hay un...

Pilar, al otro lado del teléfono, escuchó con total claridad el sonido de los frenos clavándose en la carretera. Su eco le heló el corazón. A aquel frenazo le siguió un gran estruendo. Y confusión.

La madre de Elsa se quedó inmóvil pensando lo peor. El corazón le palpitaba de tal forma que creía que el pecho le iba a estallar. Cuando pudo tomar aire y tras hacer grandes esfuerzos por respirar, comenzó a gritar. Pensaba que le iba a dar un ataque de ansiedad.

—¡Javier, por favor, contéstame! ¡Dime que estás bien! ¡Javier! ¡Javier! Dios mío, te pido que no sea nada. Por favor, ¡Javier!

A los pocos instantes, y en medio de la angustia más fuerte que había vivido nunca, Pilar escuchó la voz desconocida de un hombre.